

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.43-NOVIEMBRE 2023

Toda Ella es Luz
de Santidad

ALMA MARIANA

Sto. Dominguito

Savio

TESTIGOS DE LA
INMACULADA

El Silencio

TOTUS TUUS



“María es la toda
Santa,
la criatura más pura
que jamás existió”.
(Santa Magdalena de Pazzis)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 43
Noviembre 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Jesum per Mariam.


P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

«Desde la eternidad fui constituida»



07

ALMA MARIANA

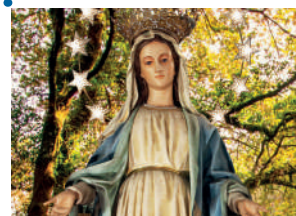
Toda Ella es luz de santidad



08

VICTORIAS DE MARÍA

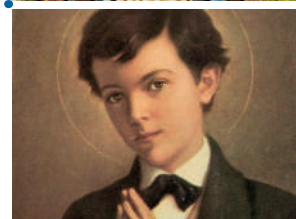
Fe en el corazón y luz en mis ojos



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Santo Dominguito Savio



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a seguir por el camino del cielo



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (XI): El silencio



16

REINADO DE CRISTO

“No practiquéis la justicia bajo la mirada de los hombres”



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

En la Voluntad de Padre



ELLA DECIDIÓ *Amar a Dios* CON TODO SU CORAZÓN

El día 21 de noviembre celebramos la Presentación de la Virgen. María es ofrecida a Dios por sus padres, Joaquín y Ana, en el Templo de Jerusalén.

La Iglesia incluyó este episodio en la liturgia: primero en Jerusalén, donde en el año 543 se dedicó la basílica de Santa María Nueva en recuerdo de la Presentación; en el siglo XIV, la fiesta pasó a Occidente, donde su conmemoración litúrgica se fijó el 21 de noviembre.

María en el Templo. Toda su belleza y su gracia —estaba llena de hermosura en el alma y en el cuerpo— eran para el Señor. Éste es el contenido teológico de la fiesta de la Presentación de la Virgen. Y en este sentido la liturgia le aplica algunas frases de los libros sagrados: *«en el tabernáculo santo, en su presencia, le di culto, y así me establecí en Sion. En la ciudad amada me dio descanso, y en Jerusalén está mi potestad. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad»* (Sir 24, 15-16).

Lo mismo que Jesús cuando fue presentado en el Templo, María continuaría viviendo con Joaquín y Ana una vida normal. Donde Ella estaba —sujeta a sus padres, creciendo hasta hacerse mujer—, allí estaba la *llena de gracia* (Lc 1, 28), con el corazón

dispuesto para un servicio completo a Dios y a todos los hombres, por amor a Dios.

La fiesta de su Presentación expresa esa pertenencia exclusiva de Nuestra Señora a Dios. Escribe San Alfonso de Liguorio, en el libro *Las Glorias de María*: *«Desde su tierna infancia, María fue habitada por el Espíritu Santo y a medida que crecía en edad crecía en gracia. Ella decidió desde niña amar a Dios con todo su Corazón, de manera que nunca lo ofendió ni de palabra ni de acción. Igualmente, no le daba importancia a los bienes terrenales y daba a los pobres cuanto podía. Era tan moderada en sus alimentos que no tomaba más que lo estrictamente necesario para la salud de su cuerpo. No encontraba felicidad más que en Dios...»*.

Esta festividad constituye una buena oportunidad para que hagamos un examen hon-do sobre nuestras actitudes más íntimas. Esforcémonos más para ser muy fieles a la vocación cristiana que hemos recibido en el Bautismo. Todos nosotros, como María, estamos llamados a vivir también nuestra entrega de una manera radical. Debemos explicitarla en actos intensos, verdaderas profesiones de fe y adhesión al Señor.

Por eso la consagración a María nos facilita la donación de todo nuestro ser en amor a Dios. Renovémosla con toda confianza.



LA VIRGEN EN LA SAGRADA ESCRITURA

«Desde la eternidad fui constituida»

«**E**l Señor me creó en el comienzo de sus obras, antes que comenzara a crearlo todo. Desde la eternidad fui constituida; desde el comienzo, antes del origen de la tierra... Yo estaba a su lado como arquitecto, y yo era cada día sus delicias, recreándome todo el tiempo en su presencia, recreándome en su orbe terrestre y encontrando mis delicias con los hijos de los hombres» (Prov 8,22-23.30-31).

«*Sedes sapientiae*» es una de las invocaciones de las Letanías Lauretanas que ha acompañado desde siempre el diligente empeño de profundización teológica y filosófica verificado en el seno de la Iglesia, alimentando la investigación de los fieles a lo largo de los senderos de la verdad y de la Voluntad del Señor, y estimulando al mismo tiempo la prudencia, el consejo y la sabiduría, que es virtud del Espíritu. En el Antiguo Testamento son numerosos los textos que muestran a la Sabiduría divina como una mujer que se presenta en el teatro del mundo para ofrecer su don. En particular, dos han sido los textos elegidos por la tradición mariana para aplicar dicho perfil también a la madre del Señor, «sede de la sabiduría».

El primer texto es el capítulo 24 del Sirácida (libro del Eclesiástico), un sabio bíblico que vivió en el siglo II a.C., donde la Sabiduría se presenta a sí misma en sus dos fisonomías de realidad trascendente y de efecto creado en el cosmos y

en el hombre. Ella «sale de la boca del Altísimo», y posee un «trono sobre una columna de nube»; sin embargo, el Creador la invita a entrar en el mundo y a «poner su tienda en Jacob», a «instalarse en Sion», a «echar raíces en el pueblo glorioso».

Estos dos polos, divino y humano, son capitales para comprender la aplicación cristológica: Cristo es, en efecto, verdadero Dios y verdadero hombre. La aplicación mariológica se entiende que, como Madre de Dios, refulge en María la divinidad a través del Hijo por Ella engendrado, mientras que su humanidad perfecta encarna el proyecto divino sobre las criaturas.

El texto más antiguo y célebre es, con todo, el de Proverbios 8, 22-31. La Sabiduría se presenta como raíz del ser creado, como fuente de armonía, como puente de comunicación entre Creador y criatura, como reflejo de la belleza de Dios. El libro de la Sabiduría, de origen helenístico-alejandrino,

esboza el icono de la Sabiduría-arquitecto (o muchacha joven) con veintiún adjetivos (tres veces siete es el máximo de la perfección):

«Pues hay en ella un espíritu inteligente, santo, único, multiforme, sutil, ágil, penetrante, incontaminado, diáfano, impenetrable, amante de lo bueno, agudo, incoercible, benéfico, amante de los hombres, estable, firme, sin preocupación, todopoderoso, que todo lo vigila y penetra en todos los espíritus inteligentes, puros y sutiles» (Sab 7,22-23).

En el Nuevo Testamento la imagen de la Sabiduría creadora se ha aplicado, en primer lugar, y con razón, a Cristo, llamado por San Pablo «sabiduría de Dios» (1Cor 1,24.30), «Él es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda creación, porque por Él mismo fueron creadas todas las cosas... Todo fue creado por Él y para Él; Él mismo existe antes que todas las cosas, y todas subsisten en Él» (Col 1,15-17).

Luego, los Santos Padres y la Liturgia aplicarán a la Madre de Jesús el tema de la Sabiduría tal y como es evocada en Proverbios (8, 22-31). En los siglos XI y XII, la Virgen María era representada generalmente sentada, llamada «Majestad de Santa María» o



«Asiento de la Sabiduría». Desde el siglo XII, María es exaltada en las letanías y en las oraciones litúrgicas como Madre, Fuente, Morada, Sede de la Sabiduría.

La Virgen María es representada con frecuencia teniendo al Niño Jesús sentado sobre sus rodillas, y, en algunas épocas, este Niño tiene el rostro de un anciano, como para subrayar que está lleno de sabiduría. La invocación a María como Asiento de la Sabiduría evoca tres aspectos. Ella es, antes que nada, la Madre que ha llevado en su seno a la Sabiduría del Padre: el Verbo eterno. Ella es, después, Reina, pues el Niño que está sentado sobre sus rodillas es el mismo cuyo reino no tendrá fin (Cfr. Lc 1, 33; Is 9, 6-7); los sabios reconocerán a este Mesías Rey en la Epifanía (Cfr. Mt 2, 1-12). Ella es, en fin,

sabia y prudente, la que guarda todas las cosas en su corazón (Cfr. Lc 2, 19.51) Ella meditaba «estas cosas», es decir, el misterio de la encarnación y el de la Cruz; y las meditaba «en su corazón», ella interiorizaba la palabra de Dios en lo más profundo de su ser: la ciencia de Dios se ha hecho en ella una ciencia saboreada: sabiduría.

Dirá Benedicto XVI, en una homilía el 15 agosto 2005: María «al estar inmersa en la palabra de Dios, al tener tanta familiaridad con la palabra de Dios, recibía también la luz interior de la sabiduría. Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno; también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien en el mundo».

María nos conduce a la Verdad

Estar con María es verse libre de todo error y desviación. Ella es la vencedora de todas las herejías.

Hoy la gran herejía que prevalece es la indiferencia religiosa, que paraliza las almas en el estupor del egoísmo y en las fauces de las pasiones. Hoy el hombre no deja de aspirar



“Todos hemos existido desde la eternidad en la mente de Dios... María ocupaba la mente de Dios más y mejor que todos los demás. Después de su esencia, que es el pensamiento principal de Dios, lo primero que sus ojos ven es a María... A Ella antes que a nadie... por Ella, a todos los demás”. (P. Villar)



a la felicidad, pero muchas veces la confunde con los beneficios de poseer, el poder, la ciencia, la técnica... y apenas aprecia los bienes del Espíritu: la paz, la alegría, la benignidad y la fidelidad.

El poder de María no ha disminuido. A ella está reservada la gran victoria de nuestros días. A ella le corresponde el honor de salvar la fe del naufragio que hoy nos amenaza.

Rezamos con San Bernardo:

«Oh cualquiera que seas, que te ves a ti mismo durante esta existencia mortal más bien flotando en las aguas traicioneras, a merced de los vientos y las olas, que caminando seguro sobre la tierra firme no apartes tus ojos de la luz de esta Estrella faro, no sea que te veas sumergido por la tempestad.

Cuando las tormentas de la tentación rompan sobre ti, cuando te veas arrastrado contra las rocas de la tribulación: Mira a la Estrella, invoca a María.

Cuando te veas golpeado por las olas del orgullo, o de la ambición, o del odio, o de los celos: Mira a la Estrella, invoca a María.

Si, turbado por la perversidad de tus pecados, confundido por el sucio estado de tu conciencia y aterrizado ante el pensamiento del espantoso juicio futuro, empiezas a hundirte en el golfo insondable de la tristeza y a ser tragado por el negro abismo de la desesperación: ¡Oh, entonces, piensa en María!

En los peligros, en las dudas, en todas tus dificultades, piensa en María, invoca a María.

Que su nombre no se separe de tus labios, no toleres jamás que abandone tu corazón. Y a fin de que con más seguridad puedas conseguir la ayuda de sus oraciones, no descuides el caminar sobre sus huellas.

Con Ella por guía, no te extraviarás nunca; mientras la invoques no perderás el ánimo; mientras Ella está en tu mente, te hallarás a salvo de la decepción, mientras te lleva de la mano, no puedes tropezar, bajo su protección no tienes que temer nada, si camina delante nunca te cansarás, si te muestra su favor, con toda seguridad alcanzarás la meta.

Y así experimentarás en ti mismo la verdad de lo que está escrito: Y el nombre de la Virgen era María».

Toda Ella es luz de Santidad

Mes de noviembre. Mes que nos invita a reflexionar sobre la santidad. Todos queremos salvarnos, pero ¿queremos santificarnos? **«Esta es la voluntad de Dios –dice San Pablo–: que os santifiquéis»** (1Ts 4, 3). Esa fue su divina voluntad en la Virgen, y lo es en todos nosotros. Todas las virtudes de la Virgen forman la corona gloriosa de su santidad. Ella es modelo y maestra de santidad. Modelo y maestra de pureza.



«Santa María –nos dice el P. Molina– es la “llena de gracia”, esto es, la perfecta en santidad. Esta ha sido la interpretación constante que da a la palabra griega “kejaritomene”, así la tradición de Oriente como la de Occidente.

Al decir el ángel a Santa María que es la “llena de gracia” está diciéndonos que es la engraciada, la cambiada en don de Dios... Y esto en gran abundancia, en plenitud. Santa María es la transformada por la gracia de Dios en la totalmente otra a semejanza de Dios: la sin pecado en todo su existir a imagen de Dios; la plenamente santa, con plenitud semejante a la de Dios; la cooperadora tan a la par con Dios Padre a la Redención del hombre que, como Dios es Padre, Santa María es Madre del uno, único Hijo de Dios.

Santa María es la llena de gracia con una plenitud muy superior a la de todas las criaturas angélicas y humanas santas por ser la Hija de Sion, elegida por Dios gratuitamente para Madre suya.

María es la persona ideal, la que reúne todas las perfecciones; es la Pureza absoluta, la santidad perfecta. El máximo de garantía reside en una santidad perfecta. María, Madre Inmaculada, la de la santidad perfecta, es para mí la garantía perfecta.

Toda Ella es luz de santidad. No hay en Ella desviación. No ha habido en Ella alianza alguna, aún la pasajera o mínima de una insignificante imperfección, con el demonio, nuestro enemigo, el principal enemigo, el mortal, el que

siempre está en el fondo de todo enemigo nuestro manteniendo y avivando las enemistades.

María posee la santidad y el arte de comunicarla. María tiene aguante, una paciencia inagotable, que no retrocede ni cede. Tiene indulgencia, pero no condescendencia. No se abaja del ideal de santidad que quiere grabar, esculpir en ti y hacer en ti. Tu debilidad le hace tener mano izquierda, pero jamás abajar el modelo de santidad, suma y pauta de su actividad educadora».



Fe EN EL CORAZÓN Y Luz EN MIS OJOS



El 18 de julio de 1830 la Virgen se apareció a Santa Catalina Labouré y le manifestó el deseo de que sus hijos se encomendaran a Ella bajo la advocación de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa. Desde entonces, son innumerables las almas que han recobrado la salud del alma y del cuerpo gracias a su intercesión.

Cuando Onofrio Gallati entró el 14 de diciembre de 1946 en el Hospital de Santa María de la Scala, en Siena, las sombras de la ceguera se estrechaban cada vez más en torno suyo. Era la última tentativa, a la desesperada, contra el mal, que seguía su curso sin que nada pudiera detenerlo.

Sentenciado por excelentes especialistas de Roma, Turín, Milán y Vercelli, no podía ya dudar de su suerte: un poco más y quedaría completamente ciego. Él no esperaba ya curar, pero había venido a Siena cediendo ante la insistencia de su amigo, el Doctor Aurelio Rizzuti, que conocía bien la pericia del director de oftalmología del Hospital.

El ambiente de Santa María de la Scala, un poco sombrío, oprimía el espíritu de nuestro enfermo, aumentando su desesperación: niebla en los ojos, niebla en el alma... La Hermana de la Clínica lo experimenta bien cada vez que se acerca al lecho del enfermo:

—Déjeme, Hermana, déjeme en paz... Sus argumentos no sirven para mí. Ya sabe que soy ateo. No pierda el tiempo. ¡Déjeme!

La Hermana no se desanima poco ni mucho, y contesta con su continua abnegación. Una tarde sin saber por qué le dice:

—Estoy segura de que un día dejará el hospital con la fe en el corazón y la luz en los ojos.

Días más tarde comenzó a reflexionar que las curas del médico y la bondad de la Hermana no merecían tanta hostilidad de su parte. ¿Por qué la Hermana, después de tantos desprecios, volvía siempre a él serena y dulce? ¿Por qué la encontraba siempre dispuesta a llevarle la mano cuando quería escribir a su madre que no sabía aún nada de su desgracia?

Y la Hermana sigue instándole a poner su alma en paz con Dios, mientras encomienda la difícil conversión a la Virgen de la Medalla Milagrosa.

Al fin la fiesta de Navidad hace sentir a nuestro enfermo la necesidad de acercarse al Dios de Belén. El 23 de diciembre capitula frente a la gracia y se acerca a la Sagrada Mesa. Y Dios le recompensa dándole tanta serenidad que le parece bello el sufrimiento y ama la ceguera. El 31 de diciembre, cuando el año moría, la luz se extingue también por completo en los ojos del enfermo, que ahora comprende y goza la única alegría: poseer un corazón en paz con Dios.

Una mañana solicita partir. Nada tiene que hacer allí ya. El director piensa lo mismo y concede el permiso. Pero la Hermana que le había cuidado le suplica no se marche sin unirse con ellos durante nueve días para pedir su curación. Harían la novena a la Santísima Virgen poniendo por intercesora a Sor Catalina Labouré, la «privilegiada de la Virgen», la Hija de la Caridad que propagó la Medalla Milagrosa.

Milagrosa... Un milagro era lo que pedían ahora: Y la novena comenzó. «No quiero pedir mi curación —son palabras textuales del enfermo— porque sé que he merecido la ceguera y porque temo que al recobrar la vista pierda la fe, ahora que sé lo que vale. Una sola gracia pediré estos días:

sufrir siempre más para que no sea tan fuerte el dolor de mi madre cuando se entere».

La novena terminó el 14 de febrero. Aquel mismo día escribían a un amigo del enfermo, a Milán, para que le acompañase a su casa. Pero otro Amigo, el Gran Amigo, se presentó en el Hospital de Santa María de la Scala, visitando con su amistad única y gloriosa al pobre ciego. Era domingo. En la Misa acababan de leer el Evangelio del ciego de Jericó; y al terminar la Misa, he aquí que el prodigio se repite. Al dirigirse el enfermo a la escalera de la clínica ve de pronto a la Hermana. Su emoción es tan grande que tiene que apoyarse en la pared para no caer.

— ¡Veo, Hermana, veo! — repite sin cesar—.

Después corre él solo a la iglesia a arrodillarse ante el altar y decir entre sollozos toda su gratitud a la vidente de la Virgen y, sobre todo, a la Virgen Milagrosa. Los médicos reconocieron lealmente el hecho, tanto más extraordinario cuanto que la ceguera había sido progresiva.

Un gran ramo de flores había llegado al Hospital. Era el homenaje de la ciencia, incrédula, pero que se rendía ante los hechos. Uno de los médicos que le habían tratado firmaba la notita que acompañaba a las flores: «Aunque yo no creo, le envío estas flores para su Virgen. Déselas usted. No puedo negar que es algo extraordinario».



TESTIGOS DE LA
INMACULADA



Santo Dominguito Savio

Domingo nació en Riva del Piámonte, Italia, en 1842. De una fervorosa familia campesina, desde niño manifestó deseos de ser sacerdote y apenas conoció a Don Bosco, en octubre de 1854, le pidió ingresar al Oratorio de San Francisco de Sales en Turín.

San Juan Bosco, en el primer encuentro que tuvieron los dos, se sintió muy impresionado por la evidente santidad del joven. Poco después de su llegada al Oratorio, Domingo tuvo oportunidad de impedir que dos chicos se peleasen a pedradas. Presentándoles su pequeño crucifijo, les dijo: «Antes de empezar, mirad a Cristo y decid: “Jesucristo, que era inocente, murió perdonando a sus verdugos; yo soy un pecador y voy a ofender a Cristo tratando de vengarme deliberadamente”. Después podéis empezar arrojando vuestra primera piedra contra mí». Los dos bribonzuelos quedaron avergonzados.

Domingo, dada su madurez espiritual, fue un santo precoz: «¡Quiero ser santo!», exclamaba cada vez que se le presentaba una buena oportunidad para esforzarse. Esta era su alegre forma de dirigirse a Dios, ofreciéndole amorosamente cada instante de su vida.

La Compañía de María Inmaculada

Uno de los recuerdos imborrables que dejó en el Oratorio fue el grupo que organizó en él. Se llamaba la *Compañía de María Inmaculada*. Escribió un «reglamento» que San Juan Bosco solo modificaría ligeramente. Junto a sus compañeros de la Compañía frecuentaba los Sacramentos, rezaba el Santo Rosario, ayudaba en los quehaceres domésticos y cuidaba de los niños más difíciles.

Don Bosco no solo recogió en la reseña biográfica que escribió del joven discípulo aquellos pasajes de la vida de Domingo que revelaban su madurez para las cosas de Dios, sino también esos momentos en los que se gastaba bromas con los amigos o arrancaba sonrisas.

Cierto día, Don Bosco encontró a Domingo en el coro del templo, en un evidente diálogo con el Señor. El prudente sacerdote, entre otras cosas, entendió claramente que Domingo decía: «Sí, Dios mío, os lo he dicho y os lo vuelvo a repetir: Os amo y quiero seguir amándoos hasta la muerte. Si veis que he de ofenderos, mandadme la muerte; sí, antes morir que pecar».

Santo Domingo y el escapulario de la Virgen

Una hermana de Domingo narró que cierta vez el pequeño santo pidió a Don Bosco el permiso para ir a casa de su familia. Don Bosco le preguntó el motivo y el joven le contestó: «*Mi madre está muy delicada y la Virgen la quiere curar*».

Cuando el muchacho llegó a su pueblo, Mondonio, se percató de que su madre estaba encinta, pero sufría fuertes dolores. Domingo la abrazó fuertemente, la besó y se sentó junto a ella. Cuando llegó el médico para atender a la señora, vio alrededor del cuello de la mujer una cinta verde que estaba unida a una seda doblada y cosida como un escapulario.

Era el presente que Domingo le había dado

como signo de que la Virgen sería su compañía. Sin mayores contratiempos, ese día nació su hermanita Catalina. Después, Domingo le pediría a su madre que conservara el escapulario y que lo prestase a las mujeres del pueblo cada vez que lo necesitaran. Así se hizo; y muchas de ellas obtuvieron gracias particulares por haber tenido puesto el escapulario de la Virgen.

Última enfermedad

No pasaron muchos días y su salud se resquebrajó al punto que los médicos se convencieron de que no sobreviviría. Aparentemente estaba desarrollando una pulmonía. Savio tuvo que despedirse de Don Bosco y sus compañeros y volver a su casa en Mondonio. Antes de morir, alcanzó a decir: «¡Qué cosa tan hermosa veo!».

Santo Domingo Savio partió a la Casa del Padre el 9 de marzo de 1857, lleno de amor a Jesús y a la Virgen, a los catorce años de edad. Beatificado por Pío XII el 5 de marzo de 1950, y canonizado por el mismo pontífice el 12 de junio de 1954, su festividad se celebra el 6 de mayo.





Llamada
a seguir por el
camino del cielo

Como hemos visto, todo el sentido del mensaje de Nuestra Señora en Fátima para toda la humanidad es una llamada a seguir por el camino del cielo y alcanzar la vida eterna.

Por desgracia no falta quien se atreva a negar la existencia del cielo. Tal vez sea por falta de fe o por no querer tomar la senda estrecha que conduce a él. Pero se engaña. La existencia del cielo es una verdad revelada, que no puede ser negada. En muchos pasajes de la Escritura se nos habla del cielo. Jesús mismo nos enseñó a orar así: *«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»* (Mt 6, 9-10). Y al proclamar las Bienaventuranzas, concluyó diciendo: *«Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo»* (Mt 5, 11-12).

Al decirnos el Señor que seremos dichosos si nos persiguen por su causa, nos está manifestando que ese camino de dolor es la

“Jesús nos asegura que tenemos un lugar en el cielo si queremos seguir su camino, el camino que es Él mismo: *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por Mí»*. Por lo tanto, nuestro camino es Cristo, es por su palabra, por su doctrina, por su vida”. (Hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado)

continuación del misterio de la cruz, que nos lleva por el camino del cielo. Dios nos promete una gran felicidad, pero no para este mundo. Como se lo dijo claramente Nuestra Señora de Lourdes a Santa Bernardita: «*No prometo hacerte feliz en esta vida, sino en la otra*». Para esta vida el Señor nos anima a cargar nuestra cruz en pos de Él, a renunciar a muchas cosas, no sólo malas e ilícitas, sino incluso buenas y así «*atesorar un tesoro en el cielo donde no hay polilla ni carcoma que los corroan, porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón*» (Mt 6, 20). Por eso nuestro corazón, nuestros pensamientos, nuestros deseos deben estar siempre puestos en el cielo y en las cosas de allí arriba, no en las de aquí abajo, que perecen y no sacian.

Lo más maravilloso del cielo consiste en la posesión de Dios. Él es el manantial de toda la felicidad y poseyendo a Dios seremos eternamente felices.

Cuando los Pastorcitos preguntaron a la hermosa Señora de dónde era, Ella respondió: «*Soy del cielo*». Y, al preguntarle los niños si también ellos irían al cielo, la Señora contestó: «*sí, iréis al cielo*». Esta seguridad les bastó para colmarlos de una alegría sobrenatural y para darles gran fortaleza en todas las dificultades que, a partir de ese momento, debieron afrontar. Ante cada sufrimiento y dolor,

recordaban la promesa de la Señora y se llenaban de valor.

Así, ¡el cielo existe! La gran preocupación de Dios y de Nuestra Señora es que las almas se salven y vayan al cielo. Y, dado que el cielo es la estancia preparada por Dios para la Vida Eterna, si no vamos por el camino que Él nos ha marcado, nunca llegaremos allá. Por desgracia no todos se salvarán. La Virgen no tuvo reparo en mostrar a los niños el infierno y las almas que no quisieron seguir el camino de la salvación. Precisamente para evitar que más almas se condenaran y quedaran privadas del cielo, los Pastorcitos ofrecían continuamente oraciones y sacrificios por los pecadores.

¿Quiénes van al cielo?

Al cielo solo pueden entrar las almas que mueren en estado de gracia, o sea, sin pecado mortal. En el día de la resurrección todas las almas volverán a unirse a sus respectivos cuerpos para llevarlos a participar con ellas de la felicidad o de la desgracia eternas que merecieron durante su vida. El mismo Jesús nos lo dice: «*Viene la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; y los que practicaron el mal, para la resurrección del juicio*» (Jn 5, 26-29).

Si Dios nos hubiese creado solo para vivir en la tierra, podríamos

decir que nuestra vida no tendría sentido, pues además de los trabajos, dolores y aflicciones que todos pasamos aquí abajo, viviríamos una existencia sin esperanza de recompensa y felicidad. Todo terminaría en el polvo de la tierra, de donde fuimos sacados.

Sin embargo, Dios en su infinita grandeza tiene fines más elevados y su amor no podía contentarse con eso. Nosotros somos la obra principal de su amor y nos ha creado para hacernos partícipes de su vida Divina. Nuestra vida no termina con la muerte, sino que se prolonga en la eternidad, donde permanece.

Mientras vivamos aquí en la tierra, somos peregrinos camino del cielo. Esto es lo más importante de nuestra vida: comportarnos de modo que, al partir de este mundo, merezcamos oír de labios de Jesucristo aquellas consoladoras palabras: «*Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*» (Mt 25, 34).

A esto nos invita el mensaje de Nuestra Señora. María, como buena Madre, desea que todos sus hijos se salven y sean felices junto a Ella. Por eso, como afirman muchos santos, el camino más seguro para alcanzar el cielo es tener una gran devoción a la Virgen.

«*Un devoto de María jamás se perderá*».

“*Qué pequeña me parece la tierra cuando miro al Cielo*”. (San Ignacio de Loyola)



LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (XI)

El Silencio

Hemos concluido la lista de las diez virtudes principales de la Santísima Virgen María, pero no se agotan las que adornan el alma de María. Vamos a ver otras igualmente destacadas en nuestra Madre. Ella es modelo perfectísimo y cercano para nosotros.

El silencio es el marco de muchos misterios de nuestra Fe.

Por ejemplo, la presencia real de Jesús en la Eucaristía se prolonga en el silencio. La encarnación se realizó en el silencio.

El silencio es un rasgo característico de la vida en Nazaret. Pocas palabras se recogen de la familia de Jesús, José y María. Su primera lección es el silencio. Cómo desearíamos que se

renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu.

El silencio favorece la vida de oración, la vida interior donde encontramos a Dios con nosotros. Por eso en la iglesia, casa de Dios, casa de oración, es necesario el silencio. El silencio incluye otras virtudes, como la locuacidad es causa de diversos pecados.

El silencio favorece el orden, la serenidad interior. Debemos esforzarnos en esta virtud, con el silencio de cosas (es decir, obligaciones-obras exteriores que suscitan pasiones desordenadas), el silencio de personas y el silencio interior (es decir, toda clase de pasiones y pensamientos distractivos, imaginaciones, instintos, aprehensiones, que afloran constantemente del subconsciente al consciente y acosan, fatigan y solicitan sin

descanso hacia el mal). Pidamos a nuestra Madre saber imitarla en esto.

Así lograremos la tranquilidad (el ser serenos, plácidos, dulces, silenciosos con el silencio del dominio y del orden, sin inquietud, sin turbación, en seguridad, sin agitación, sin nerviosismo) que nos da dominio perfecto de todo lo nuestro.

Hay dos tipos de silencio. Ambos los vivió María y nos ayudará a vivirlos nosotros:

Silencio interior: cuando los movimientos desordenados de la imaginación, de los sentimientos y de las pasiones han sido acallados. Este silencio interior es medio imprescindible para llegar a la unión con Dios.

Silencio exterior: cuando evitamos toda clase de ruidos externos. El uso de los sentidos, en especial el uso de la lengua, queda regulado por la razón iluminada por la fe.

El silencio exterior no es estar callado sino regular el uso de la palabra según sea necesario: qué vamos a decir, a quién, cómo, dónde, cuándo... Y que nuestro hablar esté imperado por la caridad.

El exterior no es el más necesario, pero debe ser procurado con empeño porque favorece y conduce al silencio interior, ayuda a mantener la presencia de Dios y a trabajar con mayor eficacia. Así evitamos ocasión de enfriamiento espiritual.

Merece la pena considerar el uso que María hizo de su lengua. Si fue prudente en sus palabras, fue prudentísima en su silencio. Saber hablar con oportunidad y discreción... Saber callar... ¿Cuántas veces nos ha pesado

haber dicho algo que dijimos? Miremos a María y aprendamos a callar, a medir lo que decimos, a pensar, a no hablar sin ton ni son... Jesús es el Maestro elocuentísimo del silencio. Así María es, también en su silencio, copia exacta de Jesús.

Reserva el secreto que le fue confiado, sobre el misterio de la Encarnación... ¡Nadie pudo sospechar nada grande ni insólito en Ella! Dios se encargó de revelar su altísima dignidad a Santa Isabel..., a San José, a Simeón.

El hablar de María

No es prudencia el callar siempre... Lo prudente es saber callar y también saber hablar a tiempo. En esto María es otro modelo maravilloso. Si quieres aprender discreción en el hablar, estudia a María. Consideremos las palabras que de Ella nos dejó la Sagrada Escritura. Sus palabras son muy pocas:

a) Con el ángel... solo lo preciso, sin curiosidad... Sus palabras son de sumisión completa y perfecta, necesarias para la Encarnación, empapadas en pureza, humildad.

b) Con su prima, palabras de salutación, de cortesía cálida, sobre todo de caridad, de gozo y alegría.

c) Con Dios. Ella, tan parca con los hombres, no sabe acabar cuando habla con Dios... ¡Qué sublime y divino el Magnífico de María!... Canto de agradecimiento y espejo del alma de Santa María.

d) Madre de Jesús: Hijo mío, ¿por qué has hecho eso?... Palabras del dolor más profundo, de cariño maternal, de desahogo

amorosísimo. Se expansiona con su Hijo, con su Dios.

e) Madre nuestra: No tienen vino... Haced lo que Él os diga... Sus palabras muestran su preocupación por nosotros... esa disponibilidad a remediar nuestras necesidades espirituales y aún materiales.

La lengua, una espada de doble filo

«Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre los hombres. ¿Pero que es la causa, que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?» —dice el Kempis—.

El Catecismo de la Iglesia Católica, al hablar del octavo mandamiento, recorre varias ofensas a la caridad y a la verdad, en que podemos caer, sea por dejarnos llevar de la ira, o por falta de respeto a su buena fama (Nros. 2465 al 2487).

«En la lengua anida todo mal... es un miembro pequeño, pero levanta grandes cosas. ¡Qué fuego tan pequeño enciende tan gran bosque! Y la lengua es fuego, un mundo de iniquidad, inflamada por el infierno. Toda clase de bestias, aves, serpientes... ha sido domada por los hombres; pero nadie ha podido domar la lengua, mal turbulento, lleno de veneno mortífero... si alguno no comete tropiezo con la lengua, es perfecto». (St 3, 2-10)

Evitemos las palabras exageradas, acres, duras, impacientes, irónicas, aduladoras, frías, celosas, maliciosas... También las palabrotas malsonantes. Pensemos en Nuestra Señora, cómo hablaría, y obremos como Ella.

"NO PRACTIQUEÍS LA JUSTICIA

BAJO LA MIRADA DE LOS HOMBRES"

«**P**ara poder entrar en Dios tienes que vivir la justicia. Justicia es la virtud que te hace dócil a Dios, que te hace acoplar todos tus querer según los querer de Dios hasta en sus más insignificantes matices. «Si vuestra justicia no es mucho más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 5, 20) Tienes que ser generoso, tienes que ser radical. El radicalismo caracteriza al Evangelio... Y esto puedes hacerlo porque Cristo no manda cosas imposibles sino perfectas. Jesús desde la cruz, atrae al heroísmo. ¡Déjate atraer!». (P. Molina)

La práctica de la justicia, según la mentalidad judía, va aplicada al ejercicio de las buenas obras que recapitulan la esencia del cristianismo: la limosna, la oración y el ayuno. Estos tres consejos de contraste negativo no deben ser egocéntricos, sino teocéntricos. Estas obras deben cumplirse en secreto, en presencia de Dios. No reprueba Jesús que se hagan en público para que el Padre sea glorificado, sino el que se hagan buscando las alabanzas y estima de los hombres. La justicia debe ir orientada en línea recta hacia el Padre. El que solo sea justo al estilo de los fariseos y escribas, quedará excluido del Reino.

La práctica de la justicia de los discípulos de Cristo debe ser

más abundante que la de los escribas y fariseos. Ese más no solo va referido a cantidad, sino y principalmente a la orientación, esto es, la tendencia o finalidad que se busca: la gloria de Dios. La falsa virtud, la hipocresía farisaica que consiste en el olvido práctico de Dios sustituido por el amor del propio yo, es fuertemente condenada por Jesús en varios episodios del Evangelio. San Juan lo dice claramente «*amaron la gloria de los hombres más que la gloria de Dios*» (Jn 12, 43).

Querer apropiarse la gloria que solo a Dios pertenece denuncia un orgullo farisaico. El hombre bíblico es bueno porque obedece con actitud filial a Dios. Por este camino entra en su Reino, que es la recompensa

prometida. Practicar la justicia excluyendo esta finalidad sería renunciar a un premio y recompensa que es el mismo Dios. Cualquier sacrificio hecho solo para ganar alabanzas humanas, agota su capacidad de mérito cuando se ha obtenido y, si el premio se recibe en esta vida, nada se tiene que esperar para la vida futura.

Así como a las falsas interpretaciones que del decálogo hacían los escribas, tan opuesto al verdadero sentido de la ley nueva, así también a la mentida y orgullosa virtud de los fariseos opone Jesús la pureza de intención con que quiere que sus discípulos cumplan el triple deber de la limosna, la oración y el ayuno. Aquello que los fariseos malogrababan con su ostentación e



hipocresía, los discípulos de Cristo deben practicarlo con toda discreción y llaneza para no perder nada del mérito de sus actos. A la imagen que pinta al vivo los sentimientos de vanidad que animaba a los fariseos cuando daban **limosna**, opone Jesús el de la beneficencia cristiana en lo secreto, modesta, discreta y deseosa de ocultarse. Dios la ve y no se ha de buscar otra cosa. A la **oración** se ha de aplicar la misma delicada reserva que para la limosna. Sin condenar Jesús la oración pública hecha en nombre de la Iglesia, la oración individual del alma a Dios ha de ser sin aparato externo, como gustaba Él hacerla en lugares retirados. Tampoco ha de ser vana palabrería, sino un prolijo afecto al que no le

falte la súplica continuada y siempre sujeta a la Voluntad del Padre. La oración modelo ha de ser el Padrenuestro que Él mismo enseñó a petición de sus discípulos. En cuanto al **ayuno**, reprueba Jesús el vanidoso e hipócrita proceder de los fariseos, que hacían público alarde de sus mortificaciones, tomando un aire lúgubre y llegando a salir por las calles con la barba hirsuta, los cabellos en desorden y sucio el semblante, para atraerse alabanzas. No así los discípulos de Cristo, que habrán de tener secretos los ayunos que hagan, sin más fin que el de agradar a Dios y ganar méritos sobrenaturales.

La santidad y justicia de los discípulos de Cristo debe superar a la de los escribas y

fariseos, no solo en las obras que se han de ejercitar, sino también en la manera de hacerlas. Cristo enseña que la santidad externa no basta, sino que hay que superarla con la sinceridad y pureza de intención. El Rey Mesías quiere que el corazón de sus súbditos le pertenezca por entero.

Muy pocas actuaciones de la Santísima Virgen María se advierten en el Evangelio. Ella guardaba todos los acontecimientos en su corazón. Actuaba según su medida y Dios hizo en Ella obras grandes porque miró la pequeñez de su esclava. Ella hacía esas cosas pequeñas con la exactitud, adhesión e intensidad de una fiel esclava buscando en todo y siempre el beneplácito y la mayor gloria de Dios.

En la Voluntad de Padre

«CONTIGO, SEÑOR, VENGO YO PARA HACER
LA VOLUNTAD DEL PADRE». (HEB 10, 7)

Cristo, «al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo... Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Heb 10, 5-7).

Esta es la disposición íntima y constante de Jesús ante la voluntad del Padre. A los Apóstoles,

que le instan a tomar un poco de alimento, les responde: «Yo tengo para comer un alimento

que vosotros no sabéis... Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4, 32.34). Lo que Jesús anhela y lo que le reconforta es cumplir la voluntad de su Padre; su mirada



está siempre fija ahí y no hace un movimiento que no sea conforme al querer del Padre.

La voluntad humana de Jesús está transformada y perdida en la de Dios del modo más pleno y perfecto; obra solo al impulso de dicha voluntad. *«He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»* (Jn 6, 38; 5, 30). Es éste el estribillo que acompasa su vida, la norma que regula su conducta toda, el motivo profundo de todas sus acciones. Y Jesús cumple la voluntad del Padre, no por necesidad, sino con libertad soberana, movido de su inmenso amor filial. La absoluta sumisión al Padre es la característica y la expresión de su amor, y es el motivo por el que el Padre mismo le ama: *«El Padre me ama porque doy mi vida... Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente... Esa es la orden que he recibido de mi Padre»* (Jn 10, 17-18). Y así su vida iniciada al grito: *«Vengo a hacer tu voluntad»*, se cierra con otro grito que vence mediante el amor todas las repugnancias de la naturaleza frente al supremo dolor: *«Padre..., no se haga mi voluntad sino la tuya»* (Lc 22, 42).

Siendo el cristiano hijo adoptivo de Dios, también para él el camino de la santidad y la norma de su conducta ha de ser la voluntad del Padre celestial. Igual que Jesús, ha de alimentarse de esa voluntad santa y santificadora, y ha de hacerlo en todo momento, no buscando ni deseando nada fuera de cumplir dicha voluntad y hacer de ella el único móvil de

su vida. Es preciso llegar a la plena conformidad del propio querer con el de Dios, de modo que —como enseña S. Juan de la Cruz— en cuanto al pensar y obrar del alma *«no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios»*.

La conformidad con la voluntad de Dios y el crecimiento en el amor son los dos elementos constitutivos de la santidad y de la vida de unión con Dios, elementos que van parejos porque el uno condiciona al otro: a mayor conformidad de voluntad corresponde mayor amor y al revés. Jesús ha dicho: *«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él»* (Jn 14, 23).

El cumplimiento de la voluntad de Dios es la condición para vivir y crecer en el amor y en la gracia, y por tanto para gozar de la inhabitación de la Trinidad en la propia alma. A medida que la conformidad al querer divino se hace más plena, hasta observar no solo los preceptos sino la más mínima expresión de la voluntad de Dios, excluyendo no solo los pecados mortales sino también los veniales y aun las menores infidelidades voluntarias; a medida que el cristiano llega a procurar el beneplácito divino en todo, abrazando cuanto Dios quiere o permite de cualquier manera, crece en amor y en gracia.

Por su parte la Santísima Trinidad se da cada vez más a él y hace en él su morada de modo cada vez más pleno y profundo, invitándole a una comunión más íntima.

Decía Jesús: *«El Padre está conmigo; no me ha dejado solo,*

porque yo hago siempre lo que le agrada a Él» (Jn 8, 29).

¡Oh Dios eterno..., haz que nunca se haga mi voluntad sino la tuya! Estamos en el mundo, no para secundar nuestro capricho, sino para cumplir los planes de tu bondad. Se ha escrito de ti, Salvador mío, que hiciste la voluntad de tu Padre celestial; como primer deseo humano de tu alma, en el instante de tu concepción, abrazaste amorosamente la voluntad divina y la pusiste en medio de tu corazón para que en él reine y domine eternamente. ¡Quién hará merced a mi alma de no tener otra voluntad que la voluntad de Dios! (San Francisco de Sales).

Este alcanzar la unión perfecta con Jesús en el Espíritu Santo, y así llegar al Padre y vivir en unión con la Santísima Trinidad, se empieza a consumir en la tierra cuando nos abrazamos a María y recurrimos a ella como Madre. Ella nos eleva a las esferas divinas y sobrenaturales cuando cumplimos el deber pequeño de cada día.



“A María, redimida de manera eminente en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, se le confiere la inmensa dignidad de Madre de Dios y, por lo tanto, Hija predilecta del Padre y Templo del Espíritu Santo”. (LG, n. 53)

“Dios puso en manos de Santa María la misericordia del Corazón de Cristo”.
(M. M^{ra} Teresa De Simone)



1-3) Los alumnos de nuestro Didascalio Santa María de La Pintana (Chile) realizaron un concurso de imágenes y dibujos sobre Nuestra Señora del Encuentro con Dios. El acto contó con una Santa Misa solemne. 4) Miembros del Reinado de María de Chile celebraron el Primer Sábado de mes con una procesión, el rezo del Santo Rosario y la Santa Misa. 5-6) El 6 de octubre los alumnos del Didascalio Cristo Rey del Cusco participaron de una procesión con la imagen de Nuestra Señora del Encuentro con Dios. 7) El 7 de octubre celebramos el Primer Sábado de mes en la Parroquia San Martín de Porres de Cusco con el Santo Rosario y la Santa Misa solemne. Se concluyó con una procesión con la imagen de Nuestra Señora del Encuentro con Dios llevada en andas por el grupo del Reinado de María. 8) Celebración de la Solemnidad de Nuestra Señora del Encuentro con Dios en nuestro Didascalio de Lima. 9) Procesión con Nuestra Señora del Encuentro con Dios en Capellanías (Cáceres).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org
www.reinadodemaria.org

